

The reconciliation: Its place in an historical case and an example coming from fiction

Sumario

Apreciaciones iniciales. Sobre la reconciliación, unas breves consideraciones. Para la reconciliación, recurrir a la memoria. Una gramática de la reconciliación. El caso tomado de la ficción. La novela. ¿Es posible la reconciliación en una obra de ficción? Reconciliación sin olvido. Conclusión.

Resumen

*En las páginas siguientes se intenta revisar cómo podría operar la reconciliación en un caso como el colombiano y cómo aparece esta misma categoría en un caso de ficción; concretamente en la novela intitulada *El último encuentro* (1942/2005), del autor húngaro Sándor Márai, pues aunque parezca extraño, el arte narrativo también se ocupa, y de modo aplicado, de aquellas situaciones en que el conflicto, la imposibilidad de su solución y la negación de la reconciliación se apoderan con fuerza de los seres humanos.*

Palabras clave: Colombia, confrontación, guerra, reconciliación, memoria, olvido, ficción.

Abstract

*In the following pages a revision is made on how reconciliation could operate in a case as the Colombian, and how this category appears in a fiction case, concretely in the Hungarian author Sandor Marai's *The Final Meeting* (1942-2005), because although it can sound weird, art of narration is also devoted in a diligent way to those situations in which conflict, as well as the impossibility of its solution and negation of reconciliation, strongly seizes human beings.*

Key Words: Colombia, confrontation, war, reconciliation, memory, oblivion, fiction.

Artículo: Recibido, 13 de Marzo de 2009; aprobado, 20 de Abril de 2009.

Judith Nieto López: Doctora en Ciencias Humanas. Mención: Literatura y Lingüística de la U. Austral de Chile. Profesora asociada de la U. Industrial de Santander (UIS), Escuela de Filosofía.

Correo electrónico: junilo@uis.edu.co.

La reconciliación: Su lugar en un caso histórico y en un ejemplo venido de la ficción

Judith Nieto López

Apreciaciones iniciales

Sorprende que hoy día, en un planeta avanzado y que a diario da cuenta del progreso, el cual no es más que la manifestación de la grandeza del ser humano; sorprende que ese mismo planeta viva más de cara al conflicto que frente a la reconciliación.

Aterra confirmar cómo cada día el mundo está paralizado por obra del desencuentro entre grupos humanos, entre culturas edificadas a partir de una historia que parece puesta sobre una declaratoria de guerra, de cuyos detalles nos enteramos en vivo y en directo, gracias a la obra de los medios de comunicación en su labor de difusión y a su elevado grado de influencia en las esferas humanas más inesperadas; en las geografías más inabarcables.

Su alcance, quién lo creyera, oscila entre la capacidad de hacer visible el acontecimiento noticioso y lograr los alcances espectaculares de mostrar de manera palpable cómo el horror provocado por los hombres se traduce en el sufrimiento que cubre los cuerpos de las víctimas antes de caer muertas, en la destrucción provocada por el artefacto por medio del cual se pretende hacer ver hasta dónde llega la grandeza del hombre que destruye en la proporción que construye. Es hora de evocar al poeta griego que dejó escritos sus versos, hoy en completa vigencia: “Muchas cosas son pavorosas, ninguna tan pavorosa como el hombre” (*Antígona*, vs. 335-340).

Es de anotar que lo acabado de plantear remite al caso del conflicto globalizado, que cada día y por las más diversas razones suele sorprender al mundo; no obstante, las líneas que aquí se procuran pretenden meditar acerca de un acontecimiento al parecer esquivo en los intentos de la solución de los conflictos, pero que tiene tan elevados alcances que ha llegado a ocupar la intención creativa de ficción por parte de algunos autores: se trata de la *reconciliación*; voz, en nada extraña a cualquier forma de confrontación, sin embargo, su presencia a la hora de tramitar la superación del conflicto está casi totalmente por fuera de ésta.

Por ello, en las siguientes páginas se intenta revisar cómo podría operar la *reconciliación* en un caso como el colombiano y cómo aparece esta misma categoría en un caso de ficción, en concreto en la novela titulada *El último encuentro* (1942/2005), del autor húngaro Sándor Márai, pues, aunque parezca extraño, la ficción también se ocupa y de modo aplicado de aquellas situaciones donde el conflicto, la imposibilidad de su solución y la negación de la *reconciliación* se apoderan con fuerza de los seres humanos.

Lo ha vivido la realidad histórica del mundo, lo declaran las palabras en la literatura de ficción, desde donde se puede escribir la propia experiencia, por esa forma de refugio que hay en el acto de creación literaria. La guerra para unos, la pérdida de una amistad para otros; en conjunto, se trata de situaciones donde, como expresa José Saramago: “La literatura ha podido ser espacio de belleza o de compasión, o de inteligencia donde estar cuando se ven privados de un bien

precioso: la libertad” (Saramago, 2009, p. 12). Para el caso de este texto, una víctima que quiere conocer la verdad se convierte en una de las problemáticas tratadas a modo de conflicto en la novela del autor húngaro Sándor Márai, cuyo título ya ha sido indicado.

Sobre la reconciliación, unas breves consideraciones

Sin duda, para hablar de la reconciliación hay que suponer la presencia de un conflicto. Una vez pensada esta relación y puesto en el horizonte de ella el logro de la reconciliación, debe pensarse que el establecimiento de ésta implica el fin del conflicto y, en lo posible, de las diferencias y razones que lo generaron. En síntesis, la reconciliación conduce a la superación; bien de un conflicto que se pensaba insoluble, bien de un malentendido que pudo transformarse en agudo problema, como suele suceder entre parejas de personas, pequeños grupos o en problemáticas que abarcan los ámbitos local, nacional e, incluso, internacional. Frente al malentendido debe dejarse claro que es fuente y razón no sólo de grandes confrontaciones, sino, también, de constantes e históricos distanciamientos, muchas veces insalvables, en la vida personal, política, social y cultural de las más diversas comunidades.

Pueden precisarse las líneas anteriores al reconocer que lo que subyace a la reconciliación es la necesidad de resolver el desencuentro con el otro, en tanto previamente aconteció un conflicto que requiere superarse, así esto implique el retorno al pasado, de manera que con el beneficio de la memoria se recreen las causas del conflicto y, así, se puedan resarcir las lesiones morales y físicas por él dejadas. De lo contrario, se permanecerá en una etapa de intolerancia, tras la que se profundizan las escisiones que impiden la consecución de una paz anhelada.

El comienzo de esta reflexión estuvo orientado por una serie de preocupaciones frente al panorama de guerra que hoy se hace visible en el mundo, situación en medio de la cual no hay asomos de cese a los “fuegos” que se encienden por *doquier*, y, en consecuencia, tampoco hay lugar para dar cabida a la *reconciliación*, que como bien lo plantean estudiosos del tema, debe entenderse como un proceso que puede darse, pero lentamente y en medio de la dinámica colectiva establecida por el contexto del que puede surgir la opción de dicha aspiración.

Esto indica que las demandas de tal carácter deben venir del mismo entorno social que padece una situación de confrontación, y, en consecuencia, sus efectos se reflejarán en transformaciones de carácter social y político cuando el conflicto es de esta naturaleza. Pero, ante todo, debe considerarse cómo todo proceso de desencuentro que aspire a superar sus dificultades está llamado a tener en cuenta lo siguiente:

La reconciliación no sigue un camino lineal y progresivo, ni siquiera sinuoso; es un laberinto abigarrado con incertidumbre en el desenlace. La caja de Pandora, que alberga todos los males, también aloja las esperanzas, dice el mito. No se trata del perdón sino de la guerra y muerte a un enojo civilizado, que pueda transformar la ira y la venganza en pautas transaccionales del derecho. (Viñar, 2004, p. 172)

Sólo mientras se comprenda que todo proceso de reconciliación acarrea tantas dificultades como el conflicto mismo y que dicha circunstancia deja claro cómo al emprender un intento de reencuentro con las partes en conflicto, no es la acción voluntaria la predominante; sólo así se llega a tener claro que la reconciliación no consiste en un intento voluntarista, sino que requiere, por el contrario, acciones personales y colectivas a partir de las cuales se obtenga la salida del conflicto y, también, los beneficios plurales generados por dicho logro. Se reitera, con esto último, que todo proceso de reconciliación está pensado en términos de comunidad, dado que ha sido ésta la afectada por los alcances del conflicto, la víctima colectiva.

Para la reconciliación, recurrir a la memoria

La necesidad de recordar y la obligación de impedir el olvido es el llamado sobresaliente en muchos de los planteamientos de autores interesados en adelantar un trabajo teórico y de pensamiento acerca de problemas de palpante actualidad para los colombianos, como son la *reconciliación*, las víctimas, y, como efecto de la primera, la necesidad de pensar en la *gramática de la reconciliación (hoja de ruta)* aplicable a los procesos de paz en territorios de marcado conflicto, como ocurre con el caso colombiano.

Con lo anterior, si se acoge la idea de que hoy el sentido de justicia ya no se ciñe estrictamente a



castigar al responsable y al culpable, sino que incluye la obligación de la reparación de los daños, del orden que éstos sean, en las víctimas; se hace imprescindible aquí la categoría de la memoria, otra condición que debe estar presente en todo momento de aplicación de la justicia, si se atiende a la nueva semántica que rodea dicha voz.

De ahí que para el caso colombiano sea urgente incluir la memoria en estos procesos, donde se procura hacer justicia con los afectados por el conflicto, dado que se requiere descubrir, conocer la verdad, la misma que es posible alcanzar mediante los actos de recordación conseguidos, en particular, por las víctimas. Aunque se lea en tono categórico, *sólo la recuperación de la memoria puede operar como condición básica para evitar en el futuro la repetición de ominosos hechos del pasado, que no dejan de hacerse presente, especialmente en los supervivientes*. Cabe destacar aquí que hay víctimas cuando un ajeno al conflicto, un inocente, sufre por un acto de violencia. Pero, además de acoger la anterior acepción sobre la noción que ahora nos ocupa, merece destacarse que para un caso como el del conflicto colombiano, las víctimas son, además, civiles, claridad necesaria, no obstante el idéntico carácter que recae sobre la confrontación.

Debe tenerse presente, en esta breve reconstrucción del sentido de *víctima*, que el daño, las lesiones ocasionadas a ésta pueden tener diferentes alcances: directos, se trata de los perjuicios que recaen en específico sobre el afectado, por medio de asesinatos, secuestros, chantajes, amenazas; también están los daños que repercuten en la sociedad, y para el caso estaríamos hablando de una víctima plural, social, venida de esa que aparenta ser sólo individual. Estos dos tipos de víctimas -habrá otras más, sin duda- son las más visibles en el conjunto de la sociedad colombiana tan herida por los hechos de las masacres del pasado -¿y del presente?-, como por la forma en que se ha creado un programa de justicia “exclusivo” para algunos de los reconocidos protagonistas del conflicto nacional.

Que las víctimas recuerden y hablen es importante en toda empresa que tenga la paz como meta, aunque lejana; independiente de lo frustrante que ésta pueda llegar a ser, es una manera de tenerlas presentes, de reconocerlas, de hacerlas parte crucial del conflicto. Pero, también, hay otras víctimas que deben tenerse en

cuenta, se trata de las que no hablan, y que no pueden hacerlo porque su grado de prendimiento se prolonga tanto como su indefensión: son las víctimas que permanecen en silencio, porque no pueden hablar, porque no se les permite hablar, porque no se sabe dónde están, porque sus voces, como sus personas y hasta sus cadáveres están secuestrados. El silencio de quienes no pueden hablar es importante en este proceso, su opinión política es tan importante como la de quienes se han asociado para poder contar; antes de que los maten, desde luego.

Una gramática de la reconciliación¹

Una gramática de la reconciliación es necesaria cuando se está de cara a la salida negociada del conflicto. Para hablar de dicha *gramática*, Mario López Martínez, estudioso de estas temáticas, piensa primero en una metáfora que nombra como *telaraña*; con ésta quiere decir que cuando una sociedad aborda un proceso de reconciliación está ante un escenario en el que confluyen diversas realidades, entre las cuales se tendrá que priorizar: lo que para unas sociedades será importante, para otras no. Por ejemplo, el tema de la justicia será prioritario para algunas sociedades, para otras lo será el de la verdad; otras, en cambio, optarán por una suerte de olvido del pasado; éstas son algunas de las perspectivas que pueden conducir a un proceso de reconciliación. Más aún, éste es pensable y posible siempre y cuando, en casos de derrota, no se erija el estandarte de la victoria, así el “vencido” sea el enemigo.

Una vez se prioricen los objetivos, de acuerdo con las realidades que presente cada sociedad en particular, para trabajar en pro de la *reconciliación* por medio de un trabajo pedagógico vendrá una nueva fase, denominada por el profesor López la *construcción de una gramática de la reconciliación*: “donde unas normas hagan posible la comunicación, y cada sociedad encuentre su propia gramática, para a partir de allí hacer todo el proceso” (López Martínez, 2006b, p. 8). Desde luego que para el caso colombiano, la definición y el desenmarañamiento de la verdadera *telaraña* en la que se encuentra el país implica desenredar el hilo a partir de una profunda reflexión que logre capitalizar y hacer surgir el valor concedido a los conceptos que se quiere privilegiar, ya sean la verdad, la justicia, la reparación, el perdón; así

¹ Puede consultarse el artículo de mi autoría titulado “¿Justicia sin víctimas? ¿paz con derrotados?”, en *Estudios Políticos*, núm. 30, del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia.

como la definición de víctimas y su diferencia con los victimarios. Precisiones que, sin duda alguna, permitirán el avance en materia de comprensión del conflicto así como sus alcances para la paz.

Algo queda claro, luego del panorama observado y descrito por López Martínez, la salida del conflicto sólo depende de:

La propia sociedad colombiana --con ayuda también, si lo quiere, de otro elemento ajeno a la sociedad internacional, de *aquellos que estamos dispuestos a colaborar y ayudar a salir del conflicto armado--. Es ella la que determinará cómo abandonar la telaraña y pensar en la construcción de una hoja de ruta creíble. Es decir, una gramática de la reconciliación donde puedan establecerse las fases donde podamos avanzar en ese proceso, y donde se puedan unir en ese proceso otros elementos que ahora no creen en el proceso de construcción de la paz. (Cursivas mías) (López Martínez, 2006a, p. 5)*

Es necesaria, entonces, la vinculación de los escépticos, de quienes se espera una actitud diferente, pues no tiene sentido pensar en la continuación de un proceso de paz y capitalizar para éste las derrotas o los sinsabores pasados, cuando pueden hacerse más esperanzadores los gestos y acciones por venir. De continuar en una actitud como ésta, la de un pesimismo sin límite, no estaríamos haciendo algo diferente a seguir frustrando procesos generadores de crecientes decepciones.

Sobre la denominada *hoja de ruta* pensada en conjunto con un grupo de expertos evaluadores de cuarenta comisiones de la verdad en el mundo, entre quienes se cuenta el historiador que ha sido citado en líneas anteriores, se proponen seis fases diseñadas a partir de su experiencia. Éstas pasan a ser: “El escenario en el que se da la oportunidad para que todos los actores concurren ante la sociedad públicamente, se facilite la catarsis y purificación colectiva y se haga un proceso pedagógico y un juicio psicoanalítico” (*El Tiempo*, 2006c, p. 1).

Como puede apreciarse, la importancia de esta propuesta consiste en vincular a toda la sociedad en el proceso de reconciliación, por ello se requiere un gran pacto social que conduzca a la generación de una ruta de paz consensuada y que sea establecida y continuada por los gobernantes futuros. No tendría mayor significado si ésta fuese

temporal o por un determinado periodo presidencial, pues una ruta de paz trasciende los gobiernos, según indica López Martínez, para quien las seis fases de la *hoja de ruta* bien pueden adaptarse al caso colombiano. Éstas son:

Primera fase: “Reconocimiento sociopolítico y moral de que ha habido víctimas y victimarios”. Éste implica escuchar las voces que han estado calladas, lo cual requiere la reconstrucción de la memoria histórica bajo el mandato de un *no* al olvido. Esta fase requiere una sociedad no resignada a la desmemoria; más bien, de cara a la reconstitución de sus propios olvidos.

Segunda fase: “Elaborar el catálogo de errores y de horrores del conflicto”. Es el momento de determinar cuantitativamente los daños y sus responsables explícitos e implícitos. A partir de esta fase se determinan los alcances estructurales del terror y los peligros que puede conllevar el olvido sobre éste, de ahí la importancia de hacer vigente la memoria en las víctimas. Es aquí donde se “generan propuestas políticas y económicas y se elaboran los informes del ‘nunca más’”. Este último, un propósito costoso, pero invaluable; es una forma de asumir las responsabilidades en el conflicto y también de hacer inteligible lo acontecido.

Tercera fase: “Del perdón, del reconocimiento y de las formas de justicia”. Se trata, como bien lo expresa su autor, de la recuperación de la confianza y del abandono del miedo. Para tal avance son necesarios algunos gestos según el gestor de la propuesta; yo prefiero denominarlos *actos*, entre los que están: una labor pedagógica materializada en arrepentimiento por parte de los victimarios, manifestaciones institucionales a partir de “gestos públicos y simbólicos” y evitar la impunidad al precio que sea; es decir: “no renunciar a ninguna forma de justicia penal nacional o internacional”.

Cuarta fase: “Definir quiénes son los actores directos de la reconciliación pacífica”, hecho que demanda la presencia unánime de la sociedad, que incluye, según el experto diseñador de la *hoja de ruta*: víctimas, mediadores, Iglesia, medios de comunicación y organizaciones no gubernamentales (ONG). Es en esta fase en la que se define cómo y dónde se desarrollará la etapa de reinserción,



la cual amerita un seguimiento constante, que lleve a la corrección de errores o a la capitalización de ganancias. Se trata de apoyar a quienes acojan a los victimarios y de adelantar el debido reconocimiento a las víctimas. Como puede apreciarse, sobre este último punto hace particular hincapié el generador de dicha propuesta, dado que es impensable cualquier propuesta de paz si se excluye a las víctimas, y, como se ha visto con el caso de los desmovilizados, privilegiándolos a éstos.

Quinta fase: “Plan general y planes específicos para la reconstrucción económica y psicológica que le permitan a la sociedad reinsertarse en la economía global”. Es el momento de las inversiones en lo social, partiendo de lo educativo en procesos de paz y recuperación socioeconómica de las víctimas y los lugares de procedencia. La inversión, aquí, busca recuperar pérdidas significativas, como: la material, la ambiental, la afectiva, la emocional y la social.

Sexta fase: “Modelo sociopolítico de convivencia y democracia”, frente al cual es necesaria la apropiación de todas las consecuencias de la confrontación y, a partir de éstas, repensar el país en materia de estructuras que lleven a la recuperación de la legitimidad de ciertos poderes, como el jurídico y el gubernamental. Con estos poderes consolidados se debe avanzar en procesos que también conduzcan a la recuperación o nueva conformación de las identidades del país. Aquí, como en todo modelo de convivencia, se requiere la construcción de unos mínimos de alcance ético, como son: el reconocimiento de la diferencia en un mundo de marcada pluralidad, la lucha por el logro de la equidad (urgente en una sociedad creciente en desigualdad, como bien se aprecia en el caso colombiano) y la necesidad de tener todos la convicción de que la superación del conflicto alberga intereses comunes; en ningún momento, beneficios particulares.

El caso tomado de la ficción

Nosotros también matamos, pero lo hacemos de una forma más complicada: matamos según prescribe y permite la ley. Matamos en nombre de elevados ideales y en defensa de preciados bienes, matamos para salvaguardar el orden de la convivencia humana. No se puede matar

de otra manera. Somos cristianos, poseemos sentimiento de culpa, hemos sido educados en la cultura occidental. Nuestra historia antigua y reciente está llena de matanzas colectivas, pero bajamos la cabeza y hablamos de ellos con sermones y con reprimendas, no podemos evitarlo, éste es el papel que nos toca desempeñar. (Márai, 2005, p. 125)

El pasaje con el que se inicia este apartado parece ser tomado de una página de diario noticioso actual, y también podría pensarse que pertenece al contexto conflictivo del medio colombiano, pero no, corresponde a una de las páginas que conforman *El último encuentro* (2005), novela del autor húngaro Sándor Márai, cuya temática relacionada con la amistad traicionada y la sospecha de la víctima de un intento de homicidio de manos de su amigo de infancia traen hasta la ficción hechos tan propios de la realidad, que llegan a tornarse difíciles de deslindar, de hallar el límite entre lo acontecido en el mundo real y el imaginario.

Es ésta, quizá, la principal razón que ha motivado a poner en paralelo dos situaciones en las cuales es posible la revisión del concepto de *reconciliación*, pues los hechos que ocurren en el contexto de la realidad suelen estar bastante cercanos a los que suceden en el reino de la ficción, de ahí la pertinencia de estas dos miradas para una misma categoría.

Claro que otros hechos pueden reunirse aquí para hacer más consistente lo acabado de plantear, para ello conviene concentrarse un poco más en ciertos detalles de la novela, necesarios para contextualizar, bien al lector, bien el problema que se quiere revisar, como es la *reconciliación* en un caso histórico y en uno de la ficción, propósito de este ensayo.

Pues bien, Márai, en esta novela capaz de tantos temas, condensa como pocos la urgencia de retornar el pasado para reconocernos, para adentrarnos en los alcances de nuestra condición humana, capaz de la grandeza y, también, de la miseria para consigo, para con los otros.

Con el tema de una Europa en decadencia como eje narrativo, se dedica a contar una historia vivida y pensada, la misma que le concede elementos suficientes para recrear el pasado con un patetismo tal que permite en el lector el recorrido por una geografía y una historia marcadas con el peso de la guerra, también por el peso significativo de no llegar a olvidarla. Por esto *El último encuentro*, así como el conjunto de sus novelas hasta hoy traducidas al castellano, no sólo se convierte en un documento histórico-

literario, sino en una denuncia para nunca olvidar lo ocurrido alguna vez, para aspirar a que una vez, detenidos los tiempos de confrontación y de guerra, ocurra la instalación de la negativa de las partes en conflicto a mantenerse en su opción de retaliación, sino a detenerlo definitivamente, y en oposición a éste, avanzar hacia una reconciliación, desde donde la opción de paz sea cada vez una alternativa menos esquiva, que en lo posible proponga como único resultado el cierre de las heridas, donde se agote el inacabado conflicto.

La novela

Merece destacarse que es una escena la que aparece en el primer plano de una novela² escrita, publicada y ambientada bajo la antorcha de la guerra, y las promesas de pérdida y abandono que sólo pueden derivarse de una circunstancia como la indicada.

El devastador fuego que ha entrado a Europa no es menos intenso que aquel que, de modo nefasto, se ha instalado sólo con el ánimo de venganza en los dos protagonistas de la novela. De ésta -una circunstancia de la cual el autor no es nada ajeno- se vale él mismo para mostrar, por medio del arte de la palabra venida de la ficción, de qué color es el cielo cuando el sol enrojecido sale para anunciar las primeras alarmas de la guerra en la que batallan los hombres, y sin falta combaten, en otro bando y a la luz de las veladoras, los corazones antes tan cercanos, y, después de los tiempos contados en décadas, tan, pero tan lejanos, a causa de la traición y la esperada venganza.

En la obra, un personaje es asaltado por un viejo amigo, pero, ante todo, por los recuerdos, la mayoría amargos, aún vivos, no dormidos y conservados como si acabasen de ocurrir, pese a que han transcurrido cuarenta y un años; son un poco más de cuatro décadas para la espera. ¿Muchas?, tal vez, para el narrador pueden serlo, pero ante todo vienen con la fuerza de una paciencia que mantiene vivos a los dos ancianos, antes niños, jóvenes amigos, que propician un encuentro para hablar, para decirse lo que uno y otro tienen y esperan escucharse. En Marái, las páginas brotan de la imaginación de un escritor que en el común de sus obras de las traducidas al español hasta el momento se contagia de monólogo para propiciar un diálogo.

De principio a fin, el relato nos conduce con su palabra, que también regresa y se desenvuelve en

monólogo por los espacios de una enorme casa habitada por dos ancianos a quienes los unían los lazos invisibles del recuerdo, el mismo que apura para que un día, o mejor, una noche, y luego de una cena salga la verdad. No la verdad concentrada en la vida de los dos residentes de una casa que desde hace dos décadas no recibe visitante alguno, se trata de la verdad de la cual sólo saben dar cuenta y por la que tendrán que responder Henrik, el general, y su amigo Konrád. El pasado no tiene el peso suficiente para sepultar lo acontecido, y el presente ha reservado un lugar fielmente reconstruido y dispuesto para escuchar, únicamente escuchar, la respuesta al reclamo de una traición.

Una atmósfera de tiempo pretérito sobre el que cae por completo el peso de muchos años y la memoria capaz de gran evocación son las que entrelazan las descripciones que emergen en la narración de sentido único, donde, con una sola puntada, se tejen los recuerdos, la amistad, el amor, la represalia y, ante todo, el urgente deseo de saber la verdad; pese a que el más interesado por ésta conoce la realidad, según lo indican las palabras pronunciadas en tono agresivo por la nodriza, una mujer de noventa y un años que había llegado a la casa del general cuando él acababa de nacer.

El relato, entregado con la fuerza del monólogo que cuenta la tragedia de un triángulo de amistad trastrocada en desdicha, es, a la vez, el cuadro dramático que impone la separación definitiva a dos amigos y hace prevalecer el poder redentor de la verdad.

La novela de espesor moral evoca el mismo género producido en el mundo ruso, y con sólo cuatro personajes centrales logra representar lo que sería el pleno de la humanidad.

No está de más anotar en este breve comentario de la obra que a lo largo de sus emocionantes páginas se refleja un doloroso fresco, con un motivo que debe reiterarse: la amistad y la verdad. Se trata de una especie de pintura que deja formular una tesis sobre el drama presente en la novela: “¿Acaso aquello que finalmente se produce no es la venganza, civilizada, pero aún así, venganza del traicionado, y la separación de los amigos?” (Pérez, 2005, p. 7). Desde luego que lo que allí ocurre es una venganza, bajo los términos indicados por el profesor Pérez, en su texto inédito *Sobre Sándor Márái. Notas de lectura*, y puede agregarse que luego de tantas décadas de esperar un regreso

² *La noche de los candelabros* es la traducción original de la novela de 1942 que hoy las editoriales entregan bajo el título *El último encuentro*.



sucedido a una partida inesperada, sólo se puede contar con la amargura exprimida de las palabras de Henrik, palabras dirigidas a su viejo amigo, y la verdad que éste traerá al engañado corazón del general, quien cuarenta años atrás estuviera unido a su hoy también envejecido visitante, por la fuerza del vínculo que prosperó temprano en los dos hombres, hermanados a razón del sentimiento de la amistad, cultivado mutuamente y cuando aún ambos hombres eran apenas niños.

Todos los velos quedan recorridos una vez se termina el encuentro, y, con éste, todo el relato forjado por su creador, cuyo arte tiene la gran virtud de mantener al lector a la espera de lo que ocurrirá; a ésta, como a sus demás novelas, sería difícil de abandonar una vez el lector se encuentra frente a sus páginas, por su trama contada con tono melodramático y sentimental.

Un tiempo que extrañamente deja contar llega a ocupar un lugar singular en el impresionante relato. Su papel es el del gran enemigo sumido en el instante, condición que lo convierte en la novela en un aliado que permite un retrato conseguido a partir de la mayor herencia del pasado: la memoria, para que por obra de ésta y en el plazo de una noche se dé el regreso de todos los hechos, motivos, sentimientos y experiencias; sí, también las experiencias, para zurrir una densa y bellísima trama narrativa, la misma que fue anunciada con una advertencia entregada en un papel, cuyo contenido era el de una inesperada carta.

¿Es posible la reconciliación en una obra de ficción?

Ya se ha dicho, un conflicto revelado por obra de la fiel memoria del protagonista constituye el *leitmotiv* del relato en el título indicado, por obra del cual confirmamos que lo que sucede en la ficción no se aleja de la realidad, dispuesta esta última a los desafíos, las venganzas, los regresos sin perdón. Es así como la imposibilidad de la indulgencia presente en el conflicto colombiano se hace transparente en esta páginas, donde “los pobres, sobre todo los pobres que se convierten en señores, no perdonan” (2005, p. 117).

Tampoco perdonan los ofendidos, los lesionados en los conflictos civiles como del que nos hemos ocupado, situación desde donde se profundiza la brecha imposibilitadora de la reconciliación, pues los hombres “ofendidos” en la confrontación viven preparados más para el duelo que para el reencuentro. En este sentido, también se lee un pasaje en la novela:

Un hombre así se prepara para ese momento durante diez años, durante cuarenta, cua-renta y uno, para ser exactos, como los hé-ros de un duelo se preparan para el desafío. Dejan todo ordenado en su vida, para no tener deudas con nadie, en caso de que los maten en un duelo. (Márai, 2005, p. 105)

Se hace imposible la reconciliación, porque luego de la proclividad a lo nefasto por parte de los personajes, igual a lo que sucede en el ámbito del conflicto nacional, sólo hay espera para procurar el duelo impuesto por la venganza, el desafío; situaciones que desbordan los testimonios emanados del escenario de la realidad, también los que brotan del reino de la ficción, como bien se acaba de consignar.

De la manera como lo expresan Bourneuf y Ouellet, que los novelistas deben comprender su época y expresarla escrupulosamente (1989, p. 30), Sándor Márai, desde la novela, busca reflejarnos un aspecto de la realidad húngara y europea de los tiempos de la guerra: “Del mismo fuego, que ahora arde con más frenesí que antes...” (Márai, 2005, p. 178), como escribe el autor cuya intención crítica bien narra la decadencia social y política. La guerra es el eje alrededor del cual gravitan los acontecimientos de la novela, donde una huída, la de un amigo, aviva los ánimos para desembocar en la guerra de las palabras que durante una noche sólo pronunciará el general.

Ya se ha dicho, todo el panorama de *El último encuentro* parece negar una posibilidad de reconciliación y, por consiguiente, de aplicación de los pasos que subyacen a la gramática de ésta; lo impide la memoria viva de la guerra y sus efectos aún patentes. El general no olvida, pero hay de su parte un reconocimiento al amigo que ha regresado cuarenta y un años después; el diálogo que han sostenido durante una larga noche los ha puesto de cara a la verdad, es el precio de haber abandonado una suerte de olvido del pasado; éstas son algunas de las perspectivas que pueden conducir a un proceso de reconciliación. El siguiente pasaje lo confirma:

Porque has tenido que regresar, ya lo ves, y ahora tengo que decirte algo de lo que he tardado en darme cuenta, porque no me lo creía y lo negaba ante mí mismo; tengo que darte una sorpresa terrible, tengo que hacerte una revelación: tú y yo seguimos siendo amigos [... Tú has matado algo en mí, has destruido mi vida, y yo sigo siendo amigo tuyo. (2005, pp. 138-139).

Es uno de los lados conmovedores de la novela, que muestra una esperanza de cambiar las cosas y mostrar a quien ha huido por una presunta traición que el sentimiento levantado desde la niñez perdura y permanecerá. Se sugiere, de esta manera, una fe en el futuro de los hombres, así como una posible disposición al reencuentro entre vencedores y vencidos, algo que, como bien se sabe, sólo acontece en el marcado conflicto o en la guerra.

Así es, *El último encuentro*, desde la dialéctica palabra-silencio, configura la gran metáfora que torna imposible el hecho de que al leer esta novela no se piense en el complejo e inacabado conflicto colombiano, en la urgencia de apropiarse de la solidaridad capaz de condenar atentados y afecciones contra el ser humano en el imperativo de la reconciliación, opción de la superación de los conflictos, siempre y cuando ésta se piense como el único medio a partir del cual se logren resarcir las lesiones morales y físicas dejadas por la confrontación.

Reconciliación sin olvido

Antes de concluir, este análisis merece tener en cuenta una nueva invocación. Se trata de procurar, para una salida de la crisis, una reflexión de alcances morales e intelectuales, pues en los tintes que toma el conflicto se nota que dicha reflexión no se ha adelantado con las búsquedas de profundidad que amerita, y ello se explica por el grado de deterioro, apreciable en los medios para el alcance de los fines. Para ello, Mario López, por citarlo de nuevo, recomienda:

La violentología y los académicos en el tema -que tanta luz nos han dado sobre la complejidad del proceso colombiano- empiecen a orientar buena parte de sus investigaciones a hacer más énfasis en la capacidad de construir paz que tiene una parte de la sociedad colombiana [...]. (López Martínez, 2006a, p. 1)

Puede agregarse a este llamado otro que, así como sucede en la novela de ficción, lleve a mantener una **política de diálogo**, incluso en aquellos momentos de falta de progreso o de estancamiento de las conversaciones. Desistir del diálogo a razón de los obstáculos que le son propios es nefasto para las partes comprometidas y puede traer insuperables decepciones a las sociedades. De este punto puede dar testimonio la sociedad colombiana, víctima de una

incomprensible y prolongada lucha, y escéptica ante las promesas de paz de cada gobierno, ya que las asume como preámbulo de nuevas espirales de una lucha armada temida por la comunidad nacional e ignorada deliberadamente por la internacional. Como desconocidos son los acuerdos de paz reanudados en medio de una desconfianza tal que sólo conduce a la espera de su presagiada frustración y, en consecuencia, a su irremediable condena: un acuerdo de paz que llevará quizá al olvido, pero no a la reconciliación. Olvido precedido, en el común de los casos, a no querer saber de otro malogrado intento de alcanzar la paz.

Ya se ha expuesto en apartados anteriores que las víctimas o quienes sufren pese a ser ajenos al conflicto deben tenerse en cuenta cuando se trata de un proceso de paz con miras a la reconciliación. Ello implica hacer vigente la memoria de las víctimas, incluida entre éstas a la sociedad civil, pues, como también se ha afirmado, ella es afectada y ha resultado golpeada por un conflicto que supera las cuatro décadas, cuyos alcances de solución, confundidos en su espiral, los hace ver cada vez más insuperables.

Lo acabado de expresar, expuesto en el afán de conseguir una reconciliación sin olvido y una reivindicación de la memoria en todo proceso del talante que ahora interesa, y que está centrada en cómo lograr la superación del conflicto colombiano, es un preámbulo obligado para entender que *la gramática de la reconciliación*, y *la hoja de ruta* emanada de ésta, destaca en uno de sus apartados la importancia de “elaborar el catálogo de errores y horrores del conflicto”, lo que es imprescindible para ayudar a conocer la verdad; pues aspirar a la reconciliación, hecho que requiere hablar de ésta, obliga a contar la verdad y, con ello, a reconocer que se ha hecho daño, un daño quizá irreparable, dado que toda víctima llevará de por vida la huella de esa acción.

La confrontación, llámese conflicto o guerra, entre las escisiones que suele dejar el dividir a los hombres, convertirlos en extraños para ellos mismos, en ponerlos en dos bandos, convirtiéndolos en “unos” y “otros”, es la mejor manera de evidenciar la dificultad para la reconciliación entre víctimas y victimarios del conflicto. Para el caso colombiano, la sociedad civil es afectada de manera diferente, pues el conflicto acrecentado en medio de un panorama que dificulta y posterga cada vez más su salida sólo promete eso perdurable que él mismo ha engendrado: el escepticismo por el que ha sido marcada la sociedad colombiana y, con éste, la



desesperanza cada vez más enquistada en la población en general.

En consecuencia, y luego de hacer un repaso distanciado de lo destacado en esta disertación, lograda a partir de planteamientos teóricos y de una obra de ficción, conviene considerar la necesidad de pensar en una reconciliación sin olvido; de hacer presente la memoria de los hechos y los días, testigos de la prolongada crisis ocasionada por las razones de desencuentro y de malentendido que habitan la subjetividad humana, en esta geografía y en otras, próximas y lejanas.

Se trata de hacer urgente el llamado al tema de la memoria y el olvido, en un escenario en el que, valga la reiteración, para nada y en ningún momento ha estado exento del conflicto y de sus efectos. Todo esto sin excluir la mirada de perplejidad a la que nos han abocado algunas situaciones propias del panorama político nacional, en cuanto nos torna asistentes a una realidad de difícil comprensión y de lejana solución.

Aquí y ahora tenemos que recordar las ocasiones en las cuales, desde la instancia oficial y desde el actual gobierno en su primer mandato, se llegó a sugerir una demanda de olvido al pasado y a los terribles hechos que han herido el espíritu y la piel de ciudadanos inocentes y ajenos al conflicto. Este llamado, al parecer, no impactó a los destinatarios, a los colombianos con sus víctimas directas y tampoco a las ajenas a la lucha prolongada, a quienes a diario y en medio de otro intento de acuerdo de paz, se les ha pedido e invocado al olvido, mientras las reacciones frente a tal demanda son pocas, como si no implicara nada el hecho de “pedir el olvido”, de hacer vigente la omisión y desterrar así un pasado que, aunque siniestro, también es constitutivo de lo que hoy somos y de lo que hemos dejado de ser.

Este apartado refuerza el propósito mantenido a lo largo de la disertación: promover, a partir de una reflexión académica, una meditación en torno a la reconciliación, pero a partir de los alcances y la conveniencia de la memoria como condición esencial para ésta, así como para hacer vigente la historia propia e impedir que los hechos nefastos del pasado se repitan. De igual manera, la intención aquí mantenida pretende llamar la atención sobre los peligros de un olvido impuesto; más aún cuando éste sucede por obediencia a un mandato, no por un deseo, por una libre decisión. No es con las declaratorias de amnesia que se

consigue la supresión del rencor gestado a causa de la agresión desmedida y venida de la confrontación; es con el abandono de las discrepancias obtenidas mediante una labor de tolerancia capaz de superar el pasado y su historia, siempre y cuando la atención se concentre en el interés por la edificación del presente.

Para nadie es desconocido que pensar la memoria es pensar la historia; es remitirse a un pasado del cual aún están vivas sus huellas, y nos recuerdan a diario que algo ha sucedido en una historia, en la nuestra, que no merece olvidarse, que debe mantenerse vigente, bien por efecto de la palabra, bien porque si se maneja el axioma de que cada vez que se recuerda es como si se despertara, entonces, no habrá otra salida que la necesidad de resolver los recuerdos por medio de la mejor vía: vivir el pasado sin retaliaciones; salida sana que promete la reconciliación e imposibilita el olvido.

Se trata, pues, de procurar una fenomenología de la memoria³, lo cual es posible siempre y cuando se cuenten como esenciales otras posibilidades, como el reencuentro, la aspiración al acuerdo en beneficio de la mayoría afectada, de manera que se aprenda qué es la tolerancia, camino expedito para la reconciliación, la cual implica el perdón a todo lo ocurrido y la no recurrencia a hechos pasados que suelen llevar a las generaciones víctimas del conflicto a “acostumbrarse” al recuerdo de lo nefasto; esto, no con el propósito de elaborarlo, sino con el fin de obstinarse en lo inamovible que puede parecer el conflicto, en lugar de avanzar hacia una salida posible.

La aspiración y esta es una apelación tomada de *La hoja de ruta* es la reivindicación de una memoria que, al ejercitarse en términos individuales y colectivos, lleva a conocer y a comprender el sentido de algo que se ha interiorizado y que también ha pasado por experiencias que van más allá de lo emocional; es decir, que se han vuelto corporales. Sí, la memoria requiere el cuerpo, en cuanto éste se vuelve centro de la acción emotiva que concibe, como bien se constata desde la filosofía.

En conjunto con la mencionada fenomenología de la memoria, conviene destacar un punto importante acerca de la dimensión política que subyace a todo el asunto; basta con reconocer que las naciones son un constitutivo colectivo legitimado, en el hecho de la memoria, como el que más las asocia. Es esta una razón de peso para ir al resca-

3 Puede consultarse la publicación titulada “El deber de la memoria, la imposibilidad del olvido, alcance ético político” (Nieto, 2006).

te del recuerdo y superar la tendencia al olvido, cuya función se distancia de la que sí cumple, y de modo constante, la memoria: legitimar el ejercicio político adelantado a diario por quienes somos la razón de ser de una nación, no otros que sus ciudadanos, portadores de su memoria o de esa barrera de recuerdos que opera a diario contra los males de la amnesia colectiva.

Con lo anterior, es necesario acudir, aunque brevemente, a Paul Ricoeur, quien en “Un alegato en favor de la memoria”, desarrollo que adelanta en su obra titulada *La memoria, la historia, el olvido*, deja claro cómo el deber de la memoria constituye, a la vez, la cima del buen uso y del abuso en el ejercicio de ésta (2004, p. 118). Lo que sucede ante el hecho de acordarse, expresa el pensador francés, es la satisfacción del recuerdo, y: “En efecto, es a este tesoro de olvido donde recurro cuando me viene el placer de acordarme de lo que una vez vi o sentí, aprendí o conseguí” (2004, p. 535). *Acordarse*, según Ricoeur, es mantener vigente el objeto, el motivo que se rememora; es ver como propio el proyecto de “una experiencia para siempre”. Se confirma, así, que olvidar o buscar la amnesia por obligación, por mandato, como se ha intentado, trae un sabor indeseado, como el que deja una pérdida, el desvanecimiento de una presencia grata; sabor que persiste, así la obstinación por borrarlo de la memoria se acrecienta.

Atraer para estas páginas una breve meditación sobre el complejo tema que constituye el olvido en un proceso de reconciliación es un ejercicio que puede resultar valioso en el contexto colombiano, donde el prolongado conflicto, con sus visibles efectos, aspira a borrarse del recuerdo individual y colectivo, a fin de atraer una ilusión más engañosa que real: definida en un aquí y ahora, donde *no ha sucedido nada, no ha quedado nada, todo se ha vuelto un pasado adueñado de la no recordación*⁴. Pues, como bien se ha visto, en particular en los dos últimos años dedicados a la polémica instauración de la Ley de Justicia y Paz, se trata de una manera ingenua de pretender limpiar un territorio de las huellas de la guerra y del conflicto. Pretensión difícil cuando la sucesión de hechos es tan incontrolable, que el más inmediato de todos hace opacar los previos, así la magnitud del horror haya sido igual o similar.

El deber es, entonces, atender a la reflexión provocada por cuarenta y dos años del conflicto contemporáneo colombiano, que parece no acabar, y donde la salida, estamos convencidos, tampoco está del lado de una declaratoria de la desmemoria, máxime cuando la aspiración es, junto con la aspiración de un cese al fuego de las partes, procurar la reconciliación de víctimas, victimarios y sociedad civil.

Esta pretensión es loable si se asimila la memoria como el medio para exponer y dar a conocer la verdad por dolorosa que resulte acerca de todos aquellos hechos que bien se sabe que acontecieron, pero que aún no han sido esclarecidos a los afectados, tampoco a la colectividad nacional, igualmente lastimada por un fuego pavoroso, en el cual están involucrados los más insospechados protagonistas, al lado de quienes siempre han actuado al margen de la ley.

Conclusión

Para el alcance de la *reconciliación*, para la superación del conflicto puede haber muchas salidas, una, por ejemplo estaría del lado de lo ya expresado en páginas anteriores: así como los novelistas están en el deber de comprender y expresar con esmero el contenido de las épocas, de tal manera que logren desde la ficción mostrar aspectos de la realidad que en ella misma parecen no reflejarse, de la misma manera, las sociedades de territorios en conflicto en lugar de recordar lo que ha estimulado el fuego deberían procurar el interés por liberarse de él. Aquí podría terminarse esta digresión con una pregunta ¿hay algún deleite en mantenerse fiel al horror de tantos años de fuego?

Interrogante que demandan un *sí* a toda forma de memoria: individual y colectiva; la reconstrucción de una y otra se entiende como una memoria ejemplar: “donde para efectos curativos se exponga al público el dolor y el sufrimiento de las víctimas [...] sin fijar a los sujetos y a los pueblos en un pasado que se repite a perpetuidad” (Bueno, 2006b, p. 69).

En este punto cobra importancia reflexionar sobre el pasado, y más aún recobrar la memoria, pero cuidándose de una obsesión por la infortunada reminiscencia, promesa única del nocivo recuerdo. Las lecciones del complejo

⁴ Cursivas de la autora, destacadas luego de apreciar el documental titulado *La Sierra*, dirigido por la comunicadora Margarita Martínez y en el cual, en simultáneo, se vive obstinado en el horror de la guerra entre grupos al margen de la ley y la “aspiración” de no seguir, de salirse del conflicto, de pensar en otras posibilidades, pese a que los actores de éste ven tal deseo como imposible, pues “están demasiado calientes” para abandonar lo ya emprendido. En el eco de sus palabras resuena: “yo he vivido una guerra y otra guerra, y otra guerra [...]”, forma patética para expresar que se ha crecido en medio de la “inolvidable” guerra y bajo la que quizá, y como también se aprecia, todos quedarán. El documental fue transmitido, por segunda vez, por Caracol Televisión, el sábado 9 de octubre de 2005, a las 10:00 p. m.



sufrimiento de las víctimas pueden resultar provechosas, siempre y cuando se eviten e impidan nuevas víctimas en el presente y también en el futuro.

Así, sólo así, puede pensarse en una justicia reparadora que incluya a las víctimas y sus derechos en lo que se refiere a los resarcimientos de todo orden, de los cuales ellas son acreedoras y tenga también en cuenta a los derrotados, pues ninguna victoria puede planearse precedida del presupuesto de la derrota, así éste haya sido el único ejemplo registrado por la historia. Los derrotados al igual que las víctimas le suelen demandar altos costos a una nación.

En *El último encuentro*, el General, protagonista-víctima del supuesto homicidio pensado por su amigo, se dará cuenta en medio del monólogo sostenido por el primero que su imaginada verdad no está lejos de la supuesta intención de Konrád, el amigo que ha retornado cuarenta y un años después, quizá para dejar claro el motivo de su huída, quizá para ser escucha de un amigo vinculado a un poco más de cuatro décadas de recuerdo. Se trata de un encuentro marcado por la palabra, por la momentánea venganza, sin la posibilidad de la reconciliación, pero con la certeza de la perennidad de un sentimiento: el de la amistad. ¿Podrá esperarse algo similar en relación con una sociedad en conflicto como la colombiana? ¿Podrán esperarse los acuerdos, la ausencia de las retaliaciones, la posibilidad de una actitud tolerante para que un día lleguen la reconciliación y el reparador recuerdo?

Bibliografía

Bourneuf, R. y Ouellet, R. (1989). *La novela*. Barcelona: Ariel.

Bueno Cipagauta, M. A. (2006a, 15-31 de mayo). "Se habla de conflicto, pero no de sus víctimas", en *La Ciudad Vive*, Bucaramanga Metropolitana.

_____ (2006b), "La reconciliación como un proceso sociopolítico. Aproximaciones teóricas". En *Reflexión Política*, revista del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, N° 15.

El Tiempo (2006a, 10 de mayo), "Experto español dice que las víctimas deben ser la prioridad de la Comisión Nacional de Reparación" [en línea], disponible en: <http://www.eltiempo.com>, recuperado: 10 de mayo de 2006.

_____ (2006b), "La gramática de la reconciliación (hoja de ruta)" [en línea], disponible en: <http://www.eltiempo.com>, recuperado: 10 de mayo de 2006.

_____ (2006c), s. t. [en línea], disponible en: <http://www.eltiempo.com>, recuperado: 10 de mayo de 2006.

López Martínez, M. (2006a, 10 de mayo), entrevistado por *El Tiempo*, "Entrevista con Mario López Martínez, experto en comisiones de la verdad y reconciliación", Bogotá.

□ (2006b, 29 de abril), "Los que más tienen deben ser los más generosos con la paz", en *Vanguardia Liberal. Vanguardia & Cultura*, núm. 1768.

□ (2006c, 2 de mayo), "El próximo gobierno puede alcanzar la paz", en *Vivir la UNAB*, Informativo semanal de la UNAB, núm. 210.

Márai, Sándor (2005). *El último encuentro*, traducción de Judit Xantus. Barcelona: Salamandra.

Nieto López, Judith (2006). "El deber de la memoria, la imposibilidad del olvido. Alcances ético-políticos", en *Reflexión Política*, revista del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad Autónoma de Bucaramanga, N° 15.

Pérez, Juan Fernando (2005). *Sobre Sándor Marái. Notas de lectura*. Medellín. Manuscrito no publicado.

Ricoeur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*, traducción de Agustín Neira. México: Fondo de Cultura Económica.

Saramago, J. (2009). Saramago descalifica 'revolución', *El Espectador*, p. 12, Bogotá. Obtenido el día 22 de febrero de 2009.

Viñar, M. (2004), "Terrorismo de estado y subjetividad. Memoria del horror, la tortura y desapariciones en el sur de América", en *Crisis humanitarias, conflicto, reconciliación*, vol. 1, Madrid, Siglo Veintiuno.